

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

Reseñas

George F. Kennan, **Engaño nuclear**, México, FCE, 1987, 215 pp.

PARA ALEXANDER COCKBURN, escritor de origen escocés radicado desde 1973 en Estados Unidos, y a quien hoy se considera como uno de los más brillantes exponentes del periodismo de izquierda en ese país, el arrepentimiento y la toma de distancias que teóricos de la política exterior norteamericana como George F. Kennan han efectuado en los ochenta y los noventa frente a su propio pasado como exégetas de la "línea dura" y la posición antisoviética en décadas anteriores; constituye una especie de "síndrome de Smedley Butler". Smedley Butler fue un general —un *rough rider* de principios de siglo formado a imagen y semejanza del presidente Theodore Roosevelt— quien al correr de los años repudiaría autocríticamente su historia de invasor caribeño usando para sí términos tan poco comedidos como los de "mercenario" y "gángster del capitalismo".¹

Cualquier estudioso, observador o diplomático medianamente enterado de la estructuración ideológica de la política exterior norteamericana de la segunda posguerra puede certificar que George F. Kennan fue, por palabra o por omisión (más bien por lo primero), uno de los elaboradores protagónicos del término "contención", que por lo menos hasta hace algunos meses fue piedra angular de la diplomacia estadounidense frente a la Unión Soviética (y por ello mismo, en la medida en que la política internacional se movía en las coordenadas del bipolarismo, de su actitud ante el resto del mundo).

Aún más: como pocos autores en la historia de las "ideas fuerza" de la política exterior del país del norte, Kennan obtuvo para sí, en la segunda mitad de los cuarenta y principios de los cincuenta, no sólo el éxito en la academia y la práctica diplomática, sino también y sobre todo el ingreso por la puerta grande a un *star system* urgido de figuras, nuevas certidumbres y orientaciones estratégicas más o menos sólidas, ante un panorama asaz alterado por el fin de la segunda guerra mundial.

Habiendo sido agregado diplomático en la emba-

da estadounidense en Moscú durante la totalidad de los años de aquella guerra, Kennan saltó a la celebridad primero con un largo telegrama enviado a la atención del Departamento de Estado el 22 de febrero de 1946, y después con la publicación del artículo "The Sources of Soviet Conduct" en la revista *Foreign Affairs* correspondiente al mes de julio de 1947. En ambos escritos Kennan abogaba por que Estados Unidos sostuviera una posición menos ingenua frente a un poderío *ruso* (durante aquellos años de rudeza Kennan raramente empleaba la palabra *soviético*) que concebía su propia seguridad en términos de "una paciente pero mortal lucha orientada a la destrucción total del poder enemigo, y nunca hacia acuerdos o compromisos con él".² La acción más coherente a tomar, según el argumento de Kennan, sería la instrumentación de una política por parte de Estados Unidos —a la sazón líder indiscutible de Occidente— para contener la expansión soviética.

Lo que para su desgracia el escritor y diplomático nacido en 1903 en Milwaukee no aclaró en ninguno de los dos textos fue el contenido concreto que él daba a dicho término. Según explicaría más tarde (y éste quizá sea el meollo de toda su obra posterior al primer tomo de sus memorias editado en 1967), nuestro autor no consideraba que el desafío planteado por la URSS a Estados Unidos y Europa fuese de carácter militar, sino político e ideológico. La contención aplicada por el gobierno norteamericano a partir de la promulgación de la llamada "doctrina Truman" en marzo de 1947 vendría a ser, en esta perspectiva, un monumental error por haber privilegiado mucho más los aspectos militares que los políticos, y por haber colocado al mundo, a la vuelta del tiempo, frente a la posibilidad de una hecatomba nuclear irreversible.

Engaño nuclear, una de las obras más recientes de Kennan, constituye básicamente un recorrido a través del pensamiento de este autor desde sus primeras formulaciones de política exterior hasta la asunción de una posición ecopacifista en los ochenta.

¹ Alexander Cockburn, *Corruptions of Empire. Life Studies & the Reagan Era*, Londres y Nueva York, Verso, 1988, p. 386.

² Cfr. texto del telegrama de Kennan en su obra *Memoirs 1925-1950* t. 1. Boston. Little Brown and Co., 1967. pp. 547-559.

ta. Es obvio, como podrá constatar quien explore sus trabajos previos, que los ensayos, entrevistas y transcripciones de conferencias que integran el libro han sido seleccionados cuidadosamente con la premisa de resaltar las partes menos anticomunistas y más racionales del vasto y a veces contradictorio discurso kennaniano. Hilando así de delgado, el lector que imaginara a Kennan como un guerrero brutal al estilo de Douglas McArthur, como un diplomático turbio y desconsiderado a la John Fuster Dulles o como un torpe fundamentalista de derecha émulo del senador Joseph Mc Carthy, definitivamente se encuentra con un pensamiento mucho más fino, matizado y nutrido en fuentes históricas que el de aquéllos. Puede incluso descubrir tempranos distanciamientos entre Kennan y la corriente hegemónica de la política internacional norteamericana en asuntos tan álgidos como la concepción de la bomba atómica ("un arma inútil y sin esperanza" a decir del propio Kennan), la cuestión alemana y la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Mayor nitidez cobran esas rupturas en las páginas de *Engaño nuclear*, en donde Kennan revisa una y otra vez los siguientes temas: *a*) Las relaciones Este-Oeste, con temas conexos como la disuasión, el carácter del Estado soviético hacia mediados de los ochenta (es decir, antes del ascenso de Mijail Gorbachov al poder), y la intervención de la URSS en Polonia y Afganistán; *b*) la valoración ético-política del armamentismo nuclear y de una posible conflagración atómica generalizada; y *c*) numerosas propuestas de desarme.

Al referirse a las *relaciones Este-Oeste* de los setenta y principios de los ochenta, Kennan hace gala de una percepción mucho más benevolente del poder soviético que la que destilaban sus primeros ensayos. Para el autor, los políticos de la URSS de Brezhnev formaban una burocracia envejecida, conservadora, poco dada al aventurerismo en política exterior y víctima de su propia formación ideológica; afrontaban, además, una serie de problemas dentro de su propio país y su bloque de poder, que los mantenían demasiado ocupados como para pensar en un avance físico hacia Europa Occidental. Por tanto, Kennan afirmaba que el liderazgo soviético podía ofrecer buenas oportunidades para la negociación con Estados Unidos, y juzgaba en términos bastante severos la multiplicación de los necios esfuerzos de su país por seguir conteniendo a la URSS. Esa política fue incluso la causante —señala Kennan— de exacerbar la tradicional inseguridad soviética precipitando con ello su intervención armada en Afganistán ("torpeza inaudita"), y su alianza con el ala dura del régimen polaco para instalar al general Jaruzelsky como presidente de la República Popular de Polonia a principios de la década pasada.

Con respecto al *armamentismo*, la prédica de Ke-

nnan en los ochenta experimentó un *crescendo* crítico incesante contra el arma nuclear. Ya decíamos que ésta nunca fue precisamente de su agrado, pero en los últimos años la urticaria antinuclear de Kennan se convierte en franca alergia, en horror ético y existencial. En este renglón Kennan no sólo reconoce que la responsabilidad histórica de la carrera armamentista debe cargarse básicamente al bando norteamericano, sino también elogia a los movimientos pacifistas de los países desarrollados, muestra marcadas preocupaciones ecológicas y —muy importante— perfecciona una línea ético-religiosa (el respeto al prójimo, a Dios y a las generaciones que habrán de sucedernos en la Tierra) a la hora de realizar la crítica de las armas.

Finalmente, todas las *propuestas de desarme* del autor obedecen al criterio común de que sólo una infinitésima parte del arsenal nuclear actualmente existente bastaría para garantizar (si ese fuera un objetivo racional, creíble y por lo tanto loable) la seguridad de las potencias. Por tanto, las páginas del libro sugieren abandonar las pruebas nucleares de todo tipo, llegar a un compromiso de "no primer uso" por parte de todos los países que poseen la bomba atómica, y reducir en principio el 50% de los arsenales nucleares y convencionales con que dichas potencias cuentan.

Engaño nuclear es, a fin de cuentas, el lúcido y exaltado alegato pacifista de un Smedley Butler teórico que no se reconoce como tal y que a toda costa intenta deslindar los desarrollos de política exterior engendrados por la contención y la guerra fría de sus ideas.

De no ser porque no existe nada peor que una conciencia atormentada, uno podría pensar que el derroche de energía que Kennan viene haciendo desde la ya citada publicación de *Memoirs* (1967) y *The Cloud of Danger* (1977) para demostrar que él no fue el inspirador de la guerra fría, en última instancia —y en términos históricos— sale sobrando. Porque si Kennan y sus ideas de contención no hubieran nacido, las necesidades ideológicas de la política exterior norteamericana de la segunda posguerra hubieran tenido que inventarlos. Esto sería así no sólo porque toda gran potencia necesita, para legitimar su comportamiento y generar consensos internos (con su pueblo) e internacionales (de cara a sus aliados o subordinados), combatir contra una amenaza externa real o ficticia (los españoles, los bolcheviques, los nazis, los sandinistas o los narcotraficantes en el caso norteamericano), sino también porque el ambiente político posterior a la segunda guerra mundial en Estados Unidos era especialmente receptivo a toda clase de planteamientos históricos y sobreideologizados, tal como demuestra la promulgación de la antes mencionada doctrina Truman en marzo de 1947, la escalada armamentista desatada a partir de los llamados

shocks del '49 o, en el plano interno, el éxito de la inquisición macarthista en punto de 1950.

Así, la guerra fría se hubiera suscitado con Kennan o sin él. Pero si la escritura de libros como *Engaño nuclear* sirve al autor para defenderse y autoabsolverse y al lector para nutrirse de la experiencia de un testigo privilegiado de esa parte de la historia, qué bueno; no siempre es posible lograr tan feliz combinación.

Tres consideraciones adicionales sobre el contenido del libro habremos de realizar para concluir la presente nota. La primera es que, aun cuando la crítica de Kennan al armamentismo nuclear es atinada y bien construida, su carácter moral le impide ver las raíces más profundas —políticas, pero sobre todo económicas— que están en el fondo del belicismo contemporáneo. Es decir, para Kennan la guerra nuclear y la consiguiente amenaza que plantea para la continuidad de la vida en el planeta no se dan tanto como producto de las necesidades de la reproducción de lo que el ex presidente Eisenhower llamó "complejo militar industrial", sino como una muestra del carácter originalmente perverso de los seres humanos. Quizá en última instancia éste sea el que orilla a los magnates de la industria de la guerra a presionar al Estado norteamericano con mayores contratos, prebendas y desarrollos bélicos que refuerzan la economía de guarnición, pero al análisis de Kennan —como al de muchos otros escritores que se ocupan de estos temas— no le vendría mal decir por lo menos que esos grupos existen, y que tienen poder y responsabilidades concretas.

La segunda apreciación se relaciona con los estragos que el dios Cronos necesariamente introduce en la vida y la obra de los hombres. Quien revise las páginas del libro tendrá claro que el análisis que realizaba Kennan en torno al carácter de la política soviética, la cuestión europea y las relaciones Este-Oeste a principios y mediados de los ochenta es harto anacrónico en 1990, cuando los acontecimientos internacionales redefinen vertiginosa y cotidianamente los contextos operativos. Esos cambios no son imputables al autor —quizá ni siquiera lo sean al "buen Dios" de las historias de Rainer María Rilke—, y por tanto nuestro señalamiento no es una crítica, sino una advertencia, acaso demasiado obvia, para los posibles interesados en leer *Engaño nuclear*.

Lo que sí es vigente del análisis de Kennan —y este sería nuestro último comentario— es la preocupante persistencia de los destructivos artefactos nucleares en el mundo. Los procesos de distensión entre Estados Unidos y la URSS, que tuvieron un impulso significativo con la firma del tratado de eliminación de misiles intermedios en diciembre de 1987, no han propiciado el desmantelamiento *masivo* de las armas atómicas. Las bases militares más importantes de ambos lados siguen funcionando, abundan los llamados para reforzar

la OTAN (mientras el Pacto de Varsovia prácticamente se ha desmantelado), el presidente Bush se propone enviar naves tripuladas a Marte dentro de pocos años, y algo así como 50 mil armas nucleares de distinto megatonaje están en espera de ser usadas, sea por un humano perverso como los que conoce Kennan o por un error técnico involuntario. Por lo tanto, la tarea de los movimientos pacifistas, así como la de los científicos sociales dedicados al estudio de las cuestiones de la guerra y la paz no ha terminado aún. No es el fukuyamiano "fin de la historia" para ellos (ni para nadie). Mientras haya amor habrá poesía, rezaba el verso del romántico hispano Gustavo Adolfo Bécquer; en paráfrasis suya, podríamos decir que mientras existan las armas nucleares —independientemente de las buenas o malas relaciones entre sus poseedores— debieran proseguir las manifestaciones de protesta frente a ellas, hasta lograr su total erradicación. No hacerlo así podría constituir la omisión más peligrosa en el devenir de la humanidad: un descuido en verdad imperdonable.

José Luis León M.